

## Descartes y la Sanidad Pública: Vivir para ver

Al escribir un artículo, se asume que su impacto social va ser escaso. La esperanza es que algunos lo lean y lo compartan, quizás que otros se irriten. Ambas reacciones son gratificantes pero, casi siempre, virtuales. Es habitual compartir el proceso de redacción con amigos, después, tras la publicación, con compañeros afines, pero más allá, las respuestas suelen ser escasas.

Hace unos días coincidí con un viejo conocido que sí había leído uno de mis artículos, el último. Me describía, con emoción, como lo comprendió, como durante su lectura, ideas y conductas, las podía proyectar en personas y hechos de su entorno. Durante su relato intercalaba, una y otra vez, lo increíble que parecía esto en el siglo XXI, en la Sanidad, y realizado por personas que, por sus cargos y fe religiosa, de la que hacen gala, debieran ser ejemplo de otros comportamientos, acordes con la ética básica.

Las historias que me contaba estaban repletas de “intrigas” de baja talla intelectual y moral, las del código real, pero oculto, de algunos políticos, y ocurrían con la tutela del poder y con la ayuda de sicarios, incompetentes y envidiosos. No recuerdo todo lo que me contó, ni el orden, solo escribo un extracto, hilvanando sus relatos.

Lo que ocurría en su Hospital se iniciaba en las dos líneas de actuación programáticas:

Un cambio organizativo hacia la modernidad y el progreso, mejorando el orden existente, haciéndolo más horizontal;

Una adecuación arquitectónica, con una distribución de espacios más coordinada con sus funciones, y mayor confortabilidad.

La traducción real de estos “sublimes” propósitos era bien distinta:

La horizontalidad organizativa aumentó la verticalidad. Había que dominar todas las esferas de decisión, sin oposición. Con chantajes, falsas denuncias de fraude o de incompetencia, se eliminaban, o se trataban de eliminar, voces discrepantes. Crecía la pléyade de fieles “amigos”, de familiares, de voluntades sumisas, por la arbitrariedad de nombramientos o el “engaño” en los concursos; sus “dedócratas” tribunales, formados por mentes cautivas y estómagos agradecidos, solo eran libres para sancionar la voluntad suprema. Algunos, ante este tufillo, prefirieron jubilarse.

La adecuación arquitectónica era otra sinfonía colorista de despropósitos, se sucedieron decoraciones de “cartón-piedra”, sin mejora funcional, de costes controlados y fraccionados, y salteaban ideas peregrinas, hotel de pacientes, residencia de la tercera edad, etc...Se gestionaba el solar, sus negocios, no el Hospital. El plan no se seguía y, su funcionalidad, mantiene en un cuarto piso, lo que debería estar a pie de calle.

Remarcaba mi amigo que muchas de las dramáticas consecuencias, de todas las “incompetencias” que así se acumulan, están por aflorar, pero era aun más lamentable que quede “legalmente” establecida la estructura para su cronificación. Su consuelo era que no se puede ocultar eternamente la verdad. Los efectos son demasiado graves para seguir mirando hacia otro lado. ¿Se darán cuenta los ciudadanos?.

Se hizo tarde, nos despedimos. No concertamos una nueva cita, pero descubrimos la proximidad de ideas, de vivencias y de domicilios, lo que facilitará un nuevo encuentro. Me seguirá contando.

[Jose.J.Santonja@uv.es](mailto:Jose.J.Santonja@uv.es)

Profesor de la Universitat de València